

FLOR
DE
ARRABAL

CARMEN SANTOS



La emocionante historia de una mujer que supo luchar contra el destino para convertirse en una estrella del espectáculo a principios del siglo XX.

En el arrabal zaragozano donde vivía, pocos pensaban que Flor, aquella niña nacida en uno de sus hogares más humildes, estaba destinada a convertirse en una de las grandes figuras de los escenarios, primero en España y luego en toda Europa. Un camino difícil, sembrado de duras pruebas, que la lleva primero a Madrid y, más tarde, a Barcelona, París, Berlín y la lejana Cuba.

A lo largo de esa carrera en pos del éxito, Flor va descubriendo el amor, el desengaño, la amistad, el temor y la obsesión. Y a la vez, su vida se sumerge en los convulsos acontecimientos de las primeras décadas del siglo XX, unos años marcados por las revueltas anarquistas, el auge del fascismo y el horror de la guerra.

Escrita con la sensibilidad y el pulso de las grandes narradoras, *Flor de arrabal* nos ofrece la historia de una mujer valiente y entregada al amor, y un apasionante retrato de una Europa vibrante y convulsa.

*A Avelino y Daniel, mis chicos de oro,
como siempre.*

*A mi madre, nuestra decana y
la más testaruda.*

PRIMERA PARTE

La Pulga

*Hay una pulga maligna
que ya me está molestando
porque me pica y se esconde
y no la puedo echar mano.
Salta que salta va por mi traje
haciendo burla de mi pudor,
su impertinencia me da coraje
y como logre cogerla viva
para esta infame que estoy buscando,
para esta infame
no hay salvación
no hay salvación
no hay salvación
no.*

...

*La pulga,
polca pícara que fue introducida en
España en 1893 por la cantante alemana
Augusta Bergès*

El río

Mi madre solía jactarse de que asomé la cabeza a la vida el 1 de enero de 1900, mientras las campanas del Pilar tañían con entusiasmo desde su torre. Me pusieron Florencia, Adoración, Juliana y Silvestra. Unida la retahíla a los apellidos Lacasa Gracia, al párroco que me bautizó se le debió de quedar la boca seca como el esparto. En el barrio me llamaban Florica, Flori o Flor, sin más. Entre los recuerdos de mi infancia destaca el hambre que me mordía las tripas con la saña de un perro resabiado. Dice el refrán que el hambre es lista. Yo creo que solo es cruel y nos empuja a hacer lo que jamás se nos ocurriría con el estómago lleno. Por las noches, los ruidos de mi barriga vacía competían con los resoplidos que daban mis cinco hermanos entre sus sueños inquietos y algún ronquido que otro. Dormíamos los seis en un cuarto no mayor que el vestidor donde ahora guardo los recuerdos de mis años de aplausos, flores y champán. Los chicos se repartían en tres camastros. Jorge disponía de uno para él solo por ser el mayor. A mí me correspondía un colchón de lana húmeda, encajado en la pared bajo el ventanuco que daba al patio trasero.

Vivíamos en una minúscula planta baja del Arrabal. Nuestro cubil era parte de una casucha agobiada por la humedad del Ebro, convertida por el dueño en viviendas ínfimas donde nos hacinábamos varias familias. A primeros de mes, don Roque recorría el barrio para cobrar sus alquileres. Hiciera frío o calor, siempre llevaba un traje prieto, a punto de reventar por la contundencia de su cuerpo de matón. Bajo la levita asomaba un chaleco, de cuyo bolsillo derecho colgaba la leontina de un fastuoso reloj que fingía

consultar con cualquier pretexto. Los bolsillos también le servían para introducir los pulgares y tamborilear sobre la tela con los demás dedos, a la vez que separaba los codos del cuerpo para resultar más amenazante. Como si no infundiera bastante miedo verle contar el dinero en mitad de nuestra parca y oscura cocina, sabiendo que, en cuanto se marchara, padre intentaría ahogar en vino su resentimiento con la perra vida que tantos zarpazos le había dado, incluido el de haberle endosado una prole hambrienta que se comía los pocos reales que entraban en casa. Pero los rencores y las penas se crecen con el alcohol. El desafío concluía con padre asomado a una botella vacía y zurrando al primero que se cruzara en su camino.

Su modo de ganar el sustento de la familia era alquilar-se para descargar las mercancías de los comerciantes que abrían sus puestos en el imponente Mercado Central, construido sobre el terreno donde antes se expandían los tenderetes entoldados del mercado de Lanuza. De madrugada, cruzaba el río a pie por el Puente de Piedra y caminaba un trecho a lo largo de la ribera, bordeando la basílica del Pilar hasta el mercado. Pasar a la otra orilla en la barcaza le habría ahorrado la caminata, pero era demasiado caro para sus bolsillos famélicos. En cuanto entraba en casa, sabíamos si había trabajado para los carniceros porque llevaba la ropa sembrada de manchas parduzcas y la cocina se llenaba de olor a sangre y sudor. Si padre veía poco movimiento en el mercado, volvía a la margen izquierda y probaba suerte con los viajeros que bajaban del tren en la estación del Norte. Durante la construcción de los edificios de la Exposición Hispanofrancesa, que se inauguró en 1908, compaginó sus actividades de mozo con las de albañil ocasional. Eso nos regaló un tiempo de tregua, pues acababa tan cansado que no le quedaban fuerzas para beber ni pegarnos. Cuando estaba de buenas nos contaba, con incongruente orgullo, cómo iba tomando forma el edificio palaciego donde ahora está la Escuela de Artes y Oficios, en cuya obra

trabajaba acarreando ladrillos. Por las noches, apenas oíamos chirriar los vetustos muelles de la cama donde él y madre se dedicaban a «fornicar», según definía el bruto de Jorge el trajín de nuestros progenitores. De aquella famosa exposición solo vimos la multitud de palomas que soltaron para inaugurarla una mañana de primavera y que oscurecieron el cielo del Arrabal hasta que se perdieron en la lejanía.

Nuestra madre se consumió entre embarazos, partos malogrados, crianzas, los lavaderos donde hacía la colada para señoras ricas de la calle Alfonso y los cuartos de plancha en los que, según me contaba, habrían cabido nuestro cubil y el de la familia vecina. Recuerdo su moño de canas precoces, el cuerpo dilatado cual saco viejo y los moratones que los golpes de padre le marcaban en la piel. Su rostro se ha convertido con los años en una imagen desvaída que me cuesta evocar.

El río atravesaba la ciudad tan cerca del barrio que moldeaba nuestras vidas. Al no obligarnos nadie a ir a la escuela, los niños del Arrabal escapábamos a jugar a la arboleda de Macanaz, a orillas del Ebro. Desde el otro lado nos vigilaba la basílica del Pilar. Jorge se llevaba a Amador, el hermano que le seguía en edad, a fumar y hacer fechorías en las callejas del Arrabal. A mí me tocaba cuidar de Tino, Rubén y Perico, mis hermanos pequeños. Perico era el benjamín. Tenía tres años y apenas levantaba un palmo del suelo. Rubén, de cinco, era algo más robusto, también más tranquilo. Agustín, de seis y medio, justo un año menor que yo, al que llamábamos Tino o Tinico, se entretenía observando a escarabajos, hormigas, ratones y todo bicho que se moviera cerca de él. Cuando la niebla cabalgaba sobre el río en invierno y desdibujaba los contornos de la basílica, sus dos torres asomaban espigadas entre los jirones vaporosos y yo imaginaba que pertenecían a un castillo lleno de muebles hermosos, vestidos nuevos y comida en abundancia. En lo más tórrido del verano, los niños nos arrancábamos las ropas mil veces zurcidas y chapoteábamos en pa-

ños menores sin alejarnos de la orilla. Ninguno de nosotros sabía nadar. Mientras nos secábamos al sol como lagartijas, los mayores contemplábamos la basílica del Pilar, solemne más allá de la presurosa franja de agua, y soñábamos con cruzar algún día el Puente de Piedra hacia el mundo de los ricos. Aquella magia se apagaba cuando a Montse, la hija pequeña del zapatero remendón, la zarandeaba el diablo. Su hermano Andrés nunca se asustaba como los demás al verla convulsionarse. Sacaba un palo del bolsillo, se lo encajaba entre los dientes, la alzaba en brazos y se la llevaba a casa. Andrés tenía solo un año más que yo. Una tarde de verano, me susurró al oído que algún día se casaría conmigo y nos iríamos a vivir a la otra orilla.

Yo le di un bofetón que le marcó los dedos en la mejilla.

El Ebro no siempre era buen compañero de juegos. Cuando las lluvias persistentes le hacían enfadarse, se desbordaba y convertía la arboleda en un lodazal intransitable. Los viejos hablaban de corrientes traidoras y del pozo de San Lázaro, una sima del río junto al Puente de Piedra, siempre al acecho para tragarse a los imprudentes que se acercaban a ella y escupirlos en el lejano mar, que ninguno de nosotros había visto jamás. Los niños nos reíamos de las advertencias de sus bocas desdentadas, hasta la tarde en que el agua arrancó a Perico de mi lado y se lo llevó entre lloros y chapoteos, sin que me diera tiempo a reaccionar. Nunca encontraron su cuerpo. En el barrio murmuraron que lo había succionado el pozo de San Lázaro y el día menos pensado lo soltaría en la otra parte del mundo, donde nadie sabría quién era. Padre me pegó con el cinturón. Gritó que me mataría a palos si se enteraba de que había vuelto a bañarme en el río con los pequeños. Remató la paliza echándome en cara que yo había matado a mi hermano. Aquello me lastimó más que los golpes. Además, no le habría hecho falta amenazarme. La muerte de Perico me había quitado para siempre las ganas de refrescarme en esas aguas traicioneras.

Mari Pili

Tras ahogarse Perico, Rubén pudo expandirse en el camastro que había compartido con nuestro hermano pequeño. La súbita ausencia del cuerpecito tibio junto al suyo no le enturbió la paz nocturna. Dormía como un leño y roncaba igual que un perro. Yo tardaba una eternidad en conciliar el sueño. En cuanto cerraba los ojos, revivía cómo la corriente arrastraba al niño que ya nunca se haría mayor, ni escaparía de la pobreza cruzando el río hacia el mundo de los ricos. Oía a padre gritando que yo le había matado, y las lágrimas se me encajaban en la garganta hasta amenazar con ahogarme. Por no despertar a los chicos, escapaba al angosto patio trasero, atiborrado de trastos inservibles, hierbajos y moho añejo. Me acurrucaba en un rincón y rezaba por que el pozo de San Lázaro escupiera a Perico en algún pueblo de mar donde la gente fuera amable y le acogiera con benevolencia.

Una nueva capa de tristeza tiznó las desconchadas paredes de casa. A madre nunca le había gustado cotorrear, pero aquel golpe la hizo encerrarse aún más en sí misma. Apenas hablaba, como si se le hubiera quebrado algo dentro de la garganta. La pena tiñó su cabello del color de la boira. Padre sumó una afrenta más a todas las que le había infligido la vida. Adquirió el hábito de emborracharse en la taberna, en lugar de esponjarse en la cocina con el vino espeso que me mandaba comprarle en el colmado de Faustino. Si había suerte, regresaba de sus correrías a las tantas, cuando nos habíamos acostado todos menos madre, que le esperaba encogida en una silla junto al fregadero por si le pedía algo de comer. Desde mi colchón oía dar voces a pa-

dre y algún golpe que otro; a no ser que el alcohol le hubiera adormecido la lengua y sofocado el impulso de desahogar con su mujer la ira que le comía por dentro como una solitaria.

Ahora que en mi baúl se acumula más tiempo vivido que por disfrutar, cuando los años me hacen ver las cosas con distancia, que no con sabiduría, se me antoja un milagro que tras las borracheras padre tuviera el cuerpo templado para levantarse al alba y acudir a descargar los carros del mercado. Claro que aunque madre me susurrara, cuando nos quedábamos a solas, que era un buen hombre y únicamente pretendía hacerse respetar por su familia, a mí siempre se me antojó un mulo.

Una calurosa noche de verano, poco después de que el río se tragara a Perico, padre volvió a casa escandalizando más que de costumbre. Encogida en mi mohoso rincón del patio, yo vertía mi tributo de lágrimas por mi hermano pequeño. Al oírle vociferar, el miedo me aceleró el corazón hasta que sus latidos me retumbaron en las orejas. Recé por que entrara en la cocina para exigirle a madre algo de cenar, pero no fue así. Sus pasos de borracho se dirigían hacia donde yo estaba. Los ojos se me secaron del susto. Era demasiado tarde para escurrirme hasta la alcoba sin que me descubriera. Por esquivar la sarta de golpes que me caerían, me ovillé aún más detrás de la pila de maderos viejos que recogían Jorge y Amador en los basureros del barrio para alimentar la desvencijada cocina de leña. Si alguien se deshacía de una silla carcomida o de una puerta descascarillada, mis hermanos enseguida la subían a la carretilla, la desmenuzaban en el patio y amontonaban los trozos en las destartaladas pilas donde se cobijaban arañas, lagartijas y hormigas.

Me dio por mirar hacia arriba. Una enorme luna lechosa intentaba asomar entre nubes entretejidas como tapetes de ganchillo. Asomé la cabeza con sigilo desde mi escondrijo. Padre se había parado muy cerca de mí. Llevaba en la ma-

no derecha algo que se retorció igual que un demonio enano. De pronto, lo soltó. Aquella cosa emitió un sonido espeluznante al tocar el suelo. De sus laterales se despegaron unas alas oscuras; luego distinguí dos garras afiladas y algo que parecía una cabeza acabada en un pico inmenso. El demonio aleteó y saltó sobre la pila de maderos más baja, que se hallaba junto a la que me daba cobijo. Era una gallina. Y estaba aún más asustada que yo.

—Ahí te quedas, bicho asqueroso —farfulló padre—. Como no pongas huevos, me vas a pagar cada picotazo que me has *dao*.

Dio media vuelta. Entró en casa arrastrando los pies. Enseguida me llegaron voces y golpes desde la cocina. Sollozos sofocados de madre. ¿Por qué nunca se defendía? ¿Por qué no atizaba a ese muló con lo que tuviera más a mano, aunque fuera la sartén donde cocinaba las migas con pan duro y manteca? ¡Cuánto deseé haber nacido hombre para protegerla y dar a padre su merecido! Pero solo era una niña de siete años, con brazos y piernas de alambre y el estómago lleno de aire.

Tardé un buen rato en osar moverme. La gallina me observaba, desconfiada. Me puse en pie y me aproximé a ella. En la penumbra del patio parecía ser de plumaje parduzco, menos grande de lo que había creído. Sus ojillos vidriosos seguían cada uno de mis movimientos. Ya no resultaba tan terrorífica. Acerqué las manos para tocarla. Ella me dio un picotazo en el dedo índice. Sofoqué un grito de dolor y alcé el brazo para castigarla. La gallina no huyó; solo se encogió igual que si quisiera acurrucarse entre sus propias alas. Me sentí ruin y cobarde. No debía comportarme con ese ser asustado como padre hacía con nosotros. Aquella noche decidí que no martirizaría a los más débiles, pero tampoco me dejaría someter como madre, atrapada entre las palizas de su marido y las humillaciones de las señoras ricas. En lugar de golpear al ave, la acaricié. El bicho se relajó. Su plumaje era suave, la calidez de su cuerpo aliviaba

el frío de mis entrañas; hasta el pico se me antojó menos afilado. Agarré a la gallina con cuidado y me la llevé a mi rincón detrás de los maderos, para consolarla y consolarme. Oía a gallinaza. Al hundir la nariz entre sus plumas, tuve que estornudar, pero su cuerpo semejaba absorber mi tristeza. Intuí que había hallado un ser con el que compartir la culpa que me atormentaba por no haber cuidado mejor de Perico.

Desperté cuando empezaba a clarear el alba. La gallina aún se acurrucaba entre mis brazos, tan relajada como Perico cuando dormía. Le di los buenos días y le anuncié que la llamaría Mari Pili, en honor a la Virgen del Pilar.

En las semanas siguientes, padre llevó a casa dos gallinas más: una blanca y la otra parduzca, aunque de un tono más claro que Mari Pili. Nunca se molestó en decirnos de dónde las había sacado. Afirmaba, muy ufano, que las tres darían huevos de sobra para llenar todas las bocas hambrientas que había escupido el vientre de su mujer. Jorge se mofó una noche, bajando mucho la voz, de que un pollero del mercado se las había vendido a precio de ganga porque eran viejas y no servían como ponedoras.

Las aves se hicieron las amas del patio. A la inmundicia habitual se sumaron montoncitos de paja, plumas y excrementos que me tocaba limpiar a mí. Las dos nuevas eran ariscas y picaban a quien osaba acercarse a ellas. Les gustaba ensañarse con mis espinillas, pero Mari Pili me defendía de sus picotazos. En las noches de tristeza e insomnio, me escabullía al patio y dormía hecha un ovillo detrás de los maderos, aferrada a mi amiga plumada, que se dejaba querer.

En contra de los optimistas pronósticos paternos, la producción de las tres gallinas era escasa y siempre acababa en el buche de nuestro progenitor. A lo mejor era cierto que las aves eran viejas, o tal vez solo estaban tan hambrientas como nosotros.

—Cuando seáis padres, comeréis huevos —mascullaba padre con la boca llena mientras mojaba su currusco de pan en la yema diminuta y pálida.

Mis hermanos esbozaban sonrisas furtivas, como anticipando el placer de saborear algún día ese manjar. Yo miraba a madre y me preguntaba si en el futuro me correspondería probar también las cosas buenas o me tocaría conformarme con las sobras, como a ella.

Los hilos de la Nati

A los ocho años di un buen estirón. De la noche a la mañana alcancé la estatura de Amador, que ya había cumplido los diez, y me faltaba poco para igualarme con Jorge, de trece años y medio. Sin embargo, no había crecido a lo ancho. Mis brazos y mis piernas seguían flacos como hierbajos. Una noche, durante la cena, padre alzó la vista de su plato, apenas cubierto por un puñado de migas reseca, pues casi no había manteca y mucho menos longaniza para suavizarlas. Se me quedó mirando largamente, se volvió hacia madre y gruñó:

—Me has *dao* una zagala que parece una cigüeña, cuatro zagales que comen como mulos y otro tan bobo que se ahogó en el río por culpa de esta.

Me señaló con el pulgar. Bajo la uña se acumulaba un cerco de profundo luto.

—*Pa* esto dejamos el pueblo, *pa* vivir peor que los animales.

Apartó el plato de un manotazo que esparció las migas por la mesa. Apuró el vino. Enfrente de mí, madre se encogió de miedo. Los chicos se pusieron en guardia a la espera de un guantazo. Tino, sentado a mi izquierda, se enroscó sobre sí mismo como los insectos a los que tanto le gustaba observar. Percibí su alivio cuando padre se encaró conmigo.

—A partir de mañana, se acabó eso de holgazanear en el río y descuidar a tus hermanos. Ya tienes cuerpo *pa* llegar al fregadero y ayudar a tu madre.

—Paco, si solo es una chiquilla —murmuró madre.

La mano de padre voló por encima de la mesa y le estampó una bofetada en la mejilla.

—A su edad, yo trabajaba en el campo y tú servías en casa de doña Delia. ¿Ya no te acuerdas?

Madre apretó los labios y bajó la cabeza.

—A estos hay que meterlos en cintura —añadió él, deslizando una mirada iracunda sobre su angustiada prole—. Ha llegao la hora de que se eslomen ellos también. Jorge y Amador ya han hecho bastantes fechorías por el barrio. Mañana me los llevo al mercao. Entre los tres nos cundirá más la faena. —Mis hermanos mayores intercambiaron una mirada de pánico—. Y la Flori —continuó padre— se va a encargar de la casa y de cuidar a los pequeños. ¡Y no se hable más!

En los días siguientes, antes de irse a trabajar, madre me acompañaba a la fuente más cercana a llenar los cántaros de agua, me enseñaba a fregar los platos y vasos de peltre, a rascar las cazuelas y sartenes con un estropajo y arena, a ahuecar los viejos y húmedos colchones de lana, a limpiar el suelo hincada de rodillas y a sacar provecho de lo poco que había en la despensa para llenar las tripas vacías. Me explicó cómo suavizar el sabor de la carne atufada que traía padre del mercado y cómo hacer que cundiera el rancho pese a la escasez de ingredientes. Para sumergir las manos dentro del fregadero debía estirarme; mis brazos delgaduchos no daban para sacudir bien los colchones, pero me tomé como un juego de destreza dejar nuestra destartalada cocina igual que los chorros del oro y sacar lustre al suelo, ardua tarea por culpa de las baldosas agrietadas, o incluso rotas. Entre las faenas de la casa, vigilar a mis hermanos y atender a las gallinas no me quedaba tiempo para jugar. De todos modos, mis amigos también ayudaban ya a sus padres. Pero yo estaba contenta: nadie me obligaba a asistir al colegio. Andrés, que había ido un año y sabía escribir su nombre y hacer cuentas sencillas, decía que allí se aburrían hasta las moscas zumbonas.